

era el emperador, el *princeps*. El Senado era aún considerado como dispensador del poder supremo en cuanto, teóricamente, transmitía dicho poder al emperador, pero en realidad sólo desempeñaba en la vida del Estado un papel secundario, como tribunal supremo y consejo del Imperio. *De jure* el gobierno central era aún el gobierno del Senado y el pueblo de Roma; *de facto* era una monarquía absoluta mitigada tan sólo por ciertos privilegios de las clases superiores de los ciudadanos romanos y por la autonomía de las ciudades. La burocracia imperial sólo muy raras veces se mezclaba en los asuntos locales de las ciudades. Se ocupaba casi exclusivamente de la recaudación de impuestos, casi siempre por mediación de las ciudades.

La diferencia entre el Imperio y los Estados modernos está en que el gobierno central del primero no era elegido ni intervenido por las partes constituyentes del Imperio; existía para intervenir y dirigir el gobierno autónomo de las ciudades, no para ser intervenido y dirigido por ellas. Era, por tanto, el resultado de una evolución independiente, la herencia de una época en que el gobierno central había sido todavía el gobierno de una única ciudad, ahora dueña del mundo. El Imperio Romano del siglo II fue una curiosa mezcla: una federación de ciudades autónomas y una monarquía casi absoluta, superpuesta a tal federación y con el monarca como magistrado supremo legal de la ciudad soberana.

Las ciudades romanas no eran todas, naturalmente, iguales. Se diferenciaban en consonancia con su evolución histórica y con las características locales. Venían primero las grandes y ricas ciudades comerciales e industriales, centros de un intenso comercio fluvial o marítimo, y algunas de ellas, como Palmira, ciudades de caravanas, puntos de reunión de los mercaderes que hacían el comercio con caravanas. Después de ellas venían otras muchas ciudades grandes y bien construídas: centros de extensos y fértiles distritos agrícolas, por ejemplo Hispalis, en la Bética. En su mayoría se hallaban situadas a orillas de un río o en los cruces de vías comerciales importantes. A pesar de sus diferencias en magnitud e importancia política y social, todas las ciudades del Imperio presentaban ciertos rasgos comunes. Se semejaban más a las ciudades occidentales modernas que a las ciudades orientales de nuestros días. Para mí es indudable que la mayoría de las ciudades españolas modernas, las italianas y francesas y alemanas cercanas al Rin, difieren muy poco de sus antecesoras romanas. Poseían un buen sistema de alcantarillado, agua corriente en abundancia incluso en los pisos altos de las casas, traída por medio de acueductos de irremprochable técnica, plazas y calles bien pavimentadas y a lo largo de las primeras, soportales que protegían del sol y de la lluvia, sirviendo para el paseo, amplios e higiénicos mercados, especialmente de carnes y pescados, dotados de agua

en abundancia también, grandes y hermosas termas, que permitían a todo ciudadano bañarse diariamente, gratis o por muy poco dinero, edificios para la práctica gratuita de los deportes, perfectamente acondicionados y pertrechados. Para los fines religiosos había magníficos templos y altares, bosques sagrados y largas hileras de bellos monumentos funerarios que bordeaban las vías públicas fuera de las puertas. En todas las ciudades había imponentes edificios: *curiae*, para los Senados locales, oficinas para los magistrados, salones para los *collegia* oficiales y para las votaciones electorales, *basilicae* para los jueces, prisiones, etc. Otros edificios estaban destinados al recreo o instrucción del pueblo: teatros, circos, anfiteatros.

Todo esto es de sobra conocido. Puede decirse que, en cuanto a comodidades, belleza e higiene, las ciudades del Imperio Romano, dignas sucesoras de las helenísticas, no cedían en nada a muchas ciudades modernas europeas o americanas; no es, por tanto, de extrañar que muchos de sus habitantes sintieran por ellas profundo y sincero amor. La descripción de Esmirna, por Aristides, y la de Rodas, por Dión, son testimonios de este amor.

Las ciudades enriquecieron al Imperio. ¿Cuáles eran las fuentes de la prosperidad creciente de la burguesía, de aquellos millares y millares de hombres que vivían en las distintas partes del Imperio y acumulaban en sus manos grandes propiedades, capitales enormes, casas y tiendas, buques por los mares y ríos, animales de carga por las carreteras y los desiertos? El número de hombres ricos en todo el Imperio aumentó con la concentración urbana; la riqueza no se encontraba ya en pocas manos y escasos lugares, como en la época dorada de la república ateniense o el Senado romano. Se advierte, como en la época helenística, una descentralización de la riqueza. Los emperadores no podían crear a su voluntad hombres ricos, aunque su política se enderezó a otorgar a tales individuos la mayor influencia posible en la vida municipal. La fuente principal de las grandes fortunas era, sin duda alguna, el comercio; el dinero adquirido en el comercio se aumentaba dándolo a préstamo, con hipotecas casi siempre, y se invertía luego en tierras. Tal comercio tenía amplitud mundial, naturalmente. Los comerciantes trabajaban, en su mayor parte, para el emperador, esto es, para la población de Roma y para el ejército. La *annona* imperial era el resorte principal del comercio, por cuanto compraba y transportaba grandes cantidades de trigo, aceite, vino, carne, pescado, madera, cuero, metales y tejidos para las necesidades del ejército del Rin, el Danubio, el Éufrates y algunos de esos artículos para las necesidades de Roma. El comercio interior de las ciudades no se hizo posible hasta el Imperio, indicio de la señalada tendencia a la descentralización. Poco a poco, la vida comercial iba emancipándose

de Italia. La vida mercantil conservó un carácter individualista a través de toda la historia del mundo greco-romano.

Otra fuente de las ciudades era la industria. Por los ámbitos del Imperio se extendieron los productos de las industrias locales, urbanas, especialmente aquellos que no podían ser imitados o producidos en más lugares. También el rasgo más importante de la industria fue su rápida descentralización. Con la extensión de la civilización y la vida urbana a las provincias, Italia perdió su hegemonía como centro industrial del Occidente. Roma, y el emperador, no hicieron nada para proteger la industria itálica. Habremos, pues, de concluir que la misma permaneció en manos de individuos relativamente modestos y no asumió nunca la forma de grandes empresas con amplio capital.

*La "Civitas" Romana y el fin del Mundo Clásico.*—Tácito es quien ha escrito: "Si los romanos desapareciesen de la tierra, ¿que los dioses impidan tan horrible desventura!, ¿qué existiría como no fuese la guerra universal entre todas las naciones? Ocho siglos de una fortuna y una disciplina constantes se han necesitado para erigir este coloso, que destrozaría bajo sus ruinas a cualquiera que osara conmoverle."<sup>22</sup> Y a pesar de ello el coloso cayó y su derrumbamiento vino mucho tiempo antes de que hubiese llegado al término que, al parecer, le estaba prometido.

A muchas y diversas causas se ha atribuido esta rápida caída. Tocando de cerca el mal, algunos acusan, por ejemplo, a la esclavitud, que todo lo minaba. Pero hay que observar que la esclavitud no fue un mal exclusivamente romano. Ella fue la ley en todo el mundo antiguo y durante mucho tiempo ha continuado, o continúa, siendo la ley del mundo moderno. En el último siglo de la República los esclavos eran más numerosos y más miserables que a fines del Imperio, en que los progresos de la razón pública y las doctrinas religiosas habían dulcificado su suerte. Merced a esta misma influencia también las costumbres habían mejorado notablemente. No fue, pues, la esclavitud la causa destructora.

Más cerca de la verdad están los que hablan de la ruina de la agricultura, de la concentración de las propiedades; esto es, de la miseria y despoblación de los campos, que empujó a los labradores a refugiarse en las ciudades. El dinero en metálico escaseaba, absorbido por los capitalistas o banqueros; Cicerón cuenta que Bruto prestaba al 48 % y Pompeyo al 50 %. En esta situación tenían su origen las inmensas fortunas del senador Tácito, por ejemplo, que con sus rentas podía pagar el sueldo de todos los ejércitos de Roma. Plinio el Viejo repetía con frecuencia la frase profunda y justa de Tiberio: "La gran propiedad ha

<sup>22</sup> Froissart: *Cronique médiévale*, París, 1834.

perdido a Italia." El mismo Plinio asegura que en el reinado de Nerón la mitad del África romana estaba repartida entre seis propietarios solamente. Al desaparecer la pequeña propiedad, desaparecían los habitantes de los campos y sólo las ciudades tenían la apariencia de la prosperidad y la riqueza.

Pero no nos dejemos deslumbrar por este fausto exterior y teatral: miremos hacia el interior de esas ciudades que se esfuerzan en remedar a Roma y que también reproducen la triste historia de sus días aciagos. Libres de la guerra durante tres siglos, enriquecidos por la industria y el comercio, parecen ciudades dichas bajo un gobierno que las deja hacer sin que el peso de su autoridad grave excesivamente sus impulsos y, sin embargo, es la despoblación y la miseria lo que se encuentra en ellas.

Vemos los municipios constituídos aristocráticamente. Durante los tres primeros siglos del Imperio acumula inmensas riquezas la nobleza provinciana y, para imitar a los patricios de Roma, instituye juegos y distribuye periódicamente al pueblo víveres que vienen a nutrir su holganza y su pereza; de esta suerte, lo que había originado la caída de la gran República torna a reproducirse, cuatro siglos después, en todos los grandes municipios del Imperio. Campiñas desiertas, como la de Roma en tiempo de los Gracos; un populacho en la ociosidad, que mendiga el sustento; carencia absoluta de clase media; perdido el hábito del trabajo y del manejo de las armas con todas las virtudes que llevan consigo; una aristocracia, en fin, que oculta durante largo tiempo todas estas miserias, deslumbrando con la magnificencia de sus fiestas y la largueza de sus dones: tal espectáculo ofrecen las ciudades romanas.

Bajo la influencia de las causas económicas, los Estados sufren o prosperan, pero son las causas políticas las que les hacen vivir o morir. La ciudad romana estaba minada por las primeras; sin embargo, las causas políticas originaron su derrumbamiento. La misma organización del poder y la organización de las ciudades eran la causa del derrumbamiento. Una organización política nueva requiere instituciones nuevas; el Imperio debía constituirse, por tanto, de manera bien distinta a la de la República. Pero Augusto, preocupado y deseoso de ocultar y disfrazar su poder, y contento con vivir al día, no se inquietó por los acontecimientos del porvenir; persistía, por consiguiente la República. ¡Mentira oficial que el Imperio y el emperador expiaron cruelmente! En política las situaciones falsas sólo pueden originar desastres. Se hablaba todavía de libertad republicana; algunos creyeron en su existencia y la buscaron puñal en mano. Un hombre aislado, sin corte, sin nobleza, sin sacerdotes, sin nada que le amparase, era el dueño del mundo y todo le amenazaba. En tres siglos y medio, de cuarenta y nueve emperadores, fueron asesinados, por lo menos, treinta y uno, no incluyendo a los Treinta Tiranos, los cuales, con excepción